

# Menéndez y Pelayo, modelo de la juventud hispanoamericana

**Armando ROMERO LOZANO**

Estudio presentado al Congreso de la CIDEA, reunido en Bogotá el 23 de julio del corriente año.

Se trata de proponer a Don Marcelino Menéndez y Pelayo como vivo y eficiente modelo de trabajador: (investigador y realizador) en el campo de la ciencia, y especialmente de la ciencia histórica y literaria, a los jóvenes que están unidos por la comunión de una misma fe, unas mismas doctrinas y unos mismos ideales y propósitos, y hasta por la comunidad de una misma sangre y raza, en el noble sentido de este asendereado vocablo, con el espíritu del insigne polemista y polígrafo de la montaña cantábrica.

¿En qué medida y por qué aspectos el asunto escogido está conforme con los fines de acción previsiva, coordinada y renovadora que han concertado este coro de voluntades jóvenes en esta feliz altiplanicie donde también fijó su planta misionera y conquistadora la España imperial del siglo XVI: del siglo del Renacimiento y de la Contrarreforma?

El Congreso de Juventudes Iberoamericanas no intenta revivir esa forma estéril de hispano-americanismo que se cultivó para contrarrestar la actitud alternativamente hostil y desdeñosa con que se miraron España y sus colonias ultramarinas después de una contienda que tuvo todos los caracteres de una guerra civil. Esa ingenua manera de reanudar lazos de familia, con manifestaciones académicas y desahogos

sentimentales en que se prodigaba el título de Madre Patria y se encarecían con frase altisonante los vínculos de la fe, de la raza y del idioma. Desviados o postergados los medios económicos y comerciales de restaurar la vieja unidad imperial y desechado por inaceptable cualquier intento de acercamiento político, el concepto de unión hispanoamericana se ha venido depurando hasta el punto de no entenderse más que como una cultura; y con más propiedad, un estilo de cultura, puesto para el Maestro cuyo nombre nos sirve de guía, lo que determina la unidad interior que entraña lo español, no es la raza, término vago y difícil de determinar, ni la nacionalidad, concepto sujeto a mudanzas, ni la lengua, que es apenas vestidura de la forma, sino el estilo, comprendiendo por estilo todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción de lo español deje de ser idea pura, y adoptando, pues, el nombre de española para esa cultura de que fue paladín, ilustrador y renovador Menéndez y Pelayo, me inclino también a llamar jóvenes hispano-americanos a los aquí congregados para lustre y honor de la castiza capital del antiguo virreinato de Nueva Granada.

El iberismo, que es una modalidad acomodaticia inventada para eludir ciertas consecuencias históricas, responde a una vaga entidad étnica, una esencia muy modificada por accidentes decisivos. El gran Maestro de la cultura española miró siempre con desvío esa denominación de tono prehistórico, por considerarla demasiado primitiva y huera, usada como en contraste con los factores greco-latinos y sobre todo cristianos y católicos que informan la cultura española.

Por otra parte, ya el sentido poeta lusitano Almeida Garrett, autorizada voz en este caso por su procedencia, reconocía que antes que nombre político, España fue designación geográfica —Hispania, las Españas— que abarca las nacionalidades de la maternal península.

Pláceme aludir en este punto a circunstancias personales que, sin osadía, pueden brindar analogías confortantes y halagadoras. El yo es odioso. Ya lo sé. Pero aquí no venimos a disimular individuales intereses; mas a representar y aprovechar valores permanentes que cada uno de nosotros puede con orgullo cristiano exhibir para justificar su personal concurso. Juzgo simbólico el hecho de haber llegado este os-

curo disertante en ocasión prócer a esta ciudad-capital, más bien moral y cultural que política, desde una de las provincias geográficas e históricas que componen la patria colombiana. ¿Pues acaso no están reunidos en aquélla representantes de las provincias que forman la Gran Nación hispánica?

Tanto los compatriotas de Hidalgo y de Morelos como los que han recibido más de cerca los resplandores que difunde la gloria del que fue soldado de Bailén y vencedor de Chacabuco, para limitarme a los emisarios venidos de los dos brillantes extremos de la España Ultramarina, todos somos provincianos dentro de la gran nación hispánica. Y aquí estamos coordinando nuestro esfuerzo para construir la única especie de armonía doméstica en que sin primacías determinadas por un meridiano discutible, pueden convivir las provincias espirituales con el centro ideal de la Hispania fecunda no situado en un lugar preciso de la geografía política, sino en la ideal metrópoli habitada por los genios directores de nuestra gloriosa estirpe.

A la remota comarca donde nació llegó la lumbre que irradiaba uno de esos genios tutelares, en la forma de temprana y febril afición a los estudios a que aplicó ese genio su poderosa energía. En el cerebro y en el corazón de un niño de provincia, de una provincia ultramarina de España, prendió la llama de un culto suscitado por lecturas precoces, cuya excelencia venía reforzada por el encarecimiento de dones y de facultades de carácter sobrehumano y milagroso.

Aquella voz recóndita que, a veces antes del completo despertar de la conciencia, señala el sitio y la tarea que nos están reservados en el orden del mundo, ese instinto de la vocación que punza el alma incitándola a ponerse en la vía de su aptitud determinada, resonó a través de las páginas de "La Ciencia Española", de esas Polémicas, Indicaciones y Proyectos cuyo valor y sentido no me era fácil comprender entonces, pero cuyo estilo y sabor impregnaron mi espíritu de modo perdurable. Feliz azar que me reveló, en la exigua biblioteca de mi instituto de provincia, un título que por sí solo es el índice de la vocación de Menéndez y Pelayo, y al propio tiempo el símbolo de los ideales de su portentosa labor intelectual.

Para que el prestigio de un hombre y de una obra de genio sea poderoso a definir una vocación que dará más o menos frutos, según las aptitudes, temple de voluntad, grado de perseverancia y aun medio exterior que tal vocación preside, menester es que aparezcan el nombre y la obra geniales como altura eminente cuya cima está cubierta de nubes y como embebida en el cóncavo infinito; pero que muestra en sus faldas, repechos y mesetas inferiores, una senda posible para el ascenso del audaz caminante. De suerte, pues, que en el influjo que la mente y la obra de Menéndez y Pelayo ejercieron en la incipiente vocación de mi niñez, entraron, en buena parte, los encomios repetidos aun en el seno de la rústica sociedad en que oí pronunciar el nombre del autor de "Los Heterodoxos" y que ponderan la fecundidad increíble y la memoria oceánica que produjo en el espacio de una vida relativamente corta, toda una biblioteca de volúmenes enjundiosos; pero también entraron elementos accesibles a mi flaco cerebro, que compensaban un tanto y hasta parecían aligerar a mis ojos asombrados la mole abrumadora.

En torno a las facultades intelectuales de aquel a quien las gentes de su tiempo llamaban el *Sábelo-todo*, y en especial a su memoria, en que se había como almacenado el saber de muchos siglos, ha florecido una leyenda. Eximias debieron ser, y de hecho lo fueron, esas dotes para incubarla y favorecerla. Se ha referido que leía dos páginas a un tiempo, que leía dormido, y han circulado anécdotas destinadas a colocarlo en la misma línea del Monstruo de la Naturaleza y Fénix de los ingenios, por la ingente masa de una producción que no cabe dentro de la ordinaria jornada de trabajo.

Mas aquí nos conviene apartar los ojos del mito y sin dejar de reconocer que el creador de la "Historia crítica de las Letras Españolas" salvó de un salto lo que en otros climas y países se recorre por lógico escalonamiento; mas preciso nos es fijar los medios normales que dentro y fuera de su personalidad intervinieron en su formación intelectual y moral, siendo como riego y abono indispensables al crecimiento de esa planta soberana. Es decir, que un joven hispano-americano de esos días hallará, y es obvio, más provecho en conocer los elementos ac-

cesibles, que en repetir la fábula prodigiosa, pues de sobra tenemos motivos para glorificar el pasado; mas nos faltan estímulos inmediatos para ser los arquitectos de nuestro propio destino.

Esa formación del entendimiento equilibrada con un sano régimen afectivo y ayudada por tinsosa y oportuna colaboración social y doméstica, prohicaron en el orden normal de la naturaleza, el espíritu propiamente científico de Menéndez y Pelayo, disponiéndolo para beneficiar y acrecer los resultados de la ciencia positiva más cuidadosa y exigente.

### **Formación intelectual y moral.**

Intentaré bosquejar siquiera el cuadro de esos factores formativos, y si a la postre resulta que nada nuevo he dicho, responderé con aquel geómatra jansenista que "la disposición y engarce de la materia son nuevos; cuando se juega a la pelota, con un mismo balón juegan el uno y el otro, pero el uno y el otro lo colocan mejor; y que me salgan luego con que me he servido de términos usados y de lugares consabidos. Como si los mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de discurso con variar su disposición, así como las mismas palabras forman otros pensamientos por la disposición diferente".

Al considerar los primeros pasos del egregio conterráneo de Pereda, no es inoportuno reiterar que fue aquél hijo de la Provincia. De provincia española con aspectos muy semejantes a los de nuestra provincia tropical. Un famoso médico que pasó sus años infantiles en el Santander del siglo pasado, nos la presenta como una noble ciudad austera, cuyas características psicológicas son la noción hipertrófica de la hidalguía en sus señores, y en el pueblo el afán de trabajar. "Ciudad recogida y quieta, de comerciantes y marinos, abierta por su posición a las especulaciones financieras que el oro de los indianos nutria y fomentaba". Era, en suma, la provincia aldeana de "El Sabor de la Tierra" y la ciudad marinera y pescadora de "Sotileza". En ese marco lugareño ponía su nota culta una minoría inteligente y curisa de saber, que alternaba las faenas docentes con las expansiones literarias, al estilo del Popayán de Valencia, la Cartagena de Núñez o ciertos núcleos urbanos de nuestra Montaña antioqueña.

Don Marcelino es fruto de hogar de clase media, crecido en esa medianía económica igualmente alejada de la miseria deprimente y del boato y lujo corruptores. Libre se vio, pues, de los obstáculos que oponen esos dos extremos al ejercicio de las profesiones especulativas. Perteneció a familia de pequeños propietarios de cepa campesina, previsores y ahorrativos, que derivaban el sustento de nobles menesteres: profesor de matemáticas en el instituto local era el padre, y médicos letrados figuraban en la más allegada parentela.

Saltan a la vista las inmensas ventajas que al trabajador intelectual reportan estas condiciones e influjos: el paisaje nativo, lleno de color y variedad de tintes; la visión permanente del bullicio laborioso, el selecto círculo a donde no llegaba la ruindad aldeana, las incitaciones al trabajo colectivo en pro del bienestar y acomodo, que alternan con los arduos afanes de la escolar tarea y las fruiciones del estudio desinteresado. Muy bueno y muy de desear sería que un nuevo y más cristiano sentido de la justicia social, siquiera en mínima cuenta, favoreciese la estabilidad de un ambiente análogo al que circundó las primeras andanzas de nuestro modelo.

Fiel a su terruño, apegado a su nativa comarca y no de modo sentimental y teórico; este amor, a menudo exaltado, a la patria chica, se da la mano sin esfuerzo con las preferencias por lo universal y trascendente, —católico en todo sentido— a que por la naturaleza y orientación de sus estudios y disciplinas tendía al montañésísimo crítico, como él mismo se calificaba, en el donoso juicio sobre su paisano y amigo entrañable don José María Pereda: "Son algo tan de nuestra tierra y nuestra vida los libros de Pereda, como la brisa de nuestras costas y el maíz de nuestras montañas. Haber traído a ellos la montaña entera con eso que el autor y sus paisanos llamamos el sabor de la tierra, es la recóndita virtud que todo montañés, aun el más indocto, siente en los libros de Pereda, y por lo cual no sólo los lee y relee, sino que se encariña con la persona de su autor, y le considera como de su casa". Quien así se expresa tiene muy en lo hondo grabada la imagen del solar paterno, pero no de suerte que impida la visión de las cosas universales:

a renglón seguido de la expansión localista se desenvuelve, con segura línea, el análisis del naturalismo y de sus fronteras con el sano realismo literario.

Esta posición armónica del espíritu sugiere consideraciones muy vastas sobre el intrincado problema que se ha planteadó en las esferas de la crítica literaria, sobre si los talentos universales lo son prescindiendo, despojándose de las imágenes, tipos y costumbres de la región donde se han formado. Mas en lo que atañe a nuestros propósitos, ilumina la relación entre las provincias y el centro de que dependen; provincias de cada patria: patrias que son a su turno provincias de la Madre Patria española en el sentido cultural, y patria española que no es sino una región, meritoria e ilustre, de la gran patria Católica. No empecen los sanos sentimientos regionales y locales el amor integral de la patria, como en el seno de la Iglesia Romana no se han borrado los caracteres de tono y estilo que diferencian la profesión de una misma fe y un mismo culto en las diversas razas y países.

La niñez de Menéndez y Pelayo se movió al calor de un hogar fecundo y piadoso, fecundo y piadoso como debe ser el tipo de hogar cristiano, no el yerto hogar de los unigénitos mimados ni el hogar trashumante de los bohemios precoces. Pudiera creerse que dado el prematuro brillo de su mente, no tuvo el futuro historiador y maestro contacto con la instrucción primaria, según el cartabón uniforme. Y desde luego hay que advertir cómo en su caso se dan invertidas y anticipadas las etapas ordinarias de la edad discente. Y así, lo que es en los demás la inquieta niñez, es en él niñez adulta y reflexiva; y juventud madura y adultez magistral y vigorosa, la edad en que los demás no han salido de una juventud modelable y prometedora.

En la niñez del Maestro se refunden la enseñanza rudimentaria con la designada bajo el título de bachillerato. Y el influjo de sus profesores de primera y segunda enseñanza es hondo y decisivo. Pensando en el amor prematuro a las disciplinas clásicas que infundió en el corazón del muchachuelo santanderino su profesor de latín, un tal don Francisco de Ganuza, sostiene Gregorio Marañón la inmensa importancia de los maestros de la segunda enseñanza, cien veces superior a la

de los universitarios. Glosando al médico escritor, también afirmo que en un Estado lógicamente organizado, no cabe duda que los hombres mejores se destinarían a servir como maestros de escuela y de liceo: "Ningún otro funcionario público debiera ser retribuido y cuidado por los altos poderes, como estos trascendentales directores del alma humana, cuando ésta es todavía maleable y prodigiosamente apta para ser fecunda por todas las semillas".

Y cuán doloroso en nuestro siglo democrático es declarar también (con la misma franqueza del sabio psicólogo antes citado) que "una parte copiosa de esos puestos, trascendente en el alma de los pueblos, es ocupada por gentes, o notoriamente incapaces, a pesar de su buena voluntad, o bien por gentes agriadas y resentidas por el fracaso social o por el mil veces más peligroso fracaso interior. De una parte de los trastornos sociales, inútiles y crueles, de nuestros tiempos en Europa, son responsables directos los maestros, más que malos, pedantes, reclutados con un minimum de conocimientos, lo cual puede no ser demasiado grave; pero con una ausencia absoluta de sentido de la augusta responsabilidad de su misión educadora.

Los programas de Instrucción Secundaria en la segunda mitad de la pasada centuria, pénsum que siguió Menéndez y Pelayo de 1866 a 1871 en un período de tremenda convulsión político-social en la Península (constantes motines, revolución de septiembre, agitación carlista), comprendían cinco cursos —años— de cuatro a seis asignaturas —materias— de clase diaria cada una. 1º—Latín, Castellano, Doctrina e Historia Sagrada. 2º—Las mismas materias. 3º—Retórica y poética, Geografía e Historia de España, Aritmética y Algebra. 4º—Filosofía, Fisiología e Higiene, Historia Universal, Geometría y Trigonometría. 5º—Física, Química, Historia Natural.

Desde luego resulta menos recargado y administrado en dosis menos homeopáticas que los que han venido después en España y las repúblicas que a ella debieron su incorporación a la vida civilizada. Este viejo bachillerato de provincia española es el mismo en su estructura



general que ha veinte años rigió en nuestra provincia colombiana, con modificaciones favorables para el nuestro, que atendían al desarrollo armónico de las materias fundamentales, de manera continua.

No hubiera bastado ese *mínimum* de nociones a la capacidad estudiosa del recogido joven sentanderino, si no les hubiese pedido a los estudios y lecturas extra-escolares el indispensable complemento. El sagaz progenitor le abrió un curso particular de *Latinidad* con el mismo profesor de la materia en el instituto, el ingenuo clacisista Gamuza; y amigos y familiares se disputaban a porfía en el regalo de libros que pusieron el germen de la riquísima Biblioteca del futuro maestro.

Los cursos particulares no sustituyen eficazmente, como a veces se piensa, el curso escolar, pues les faltan, entre otras, las ventajas de la emulación y labor colectiva; pero lo amplian y redondean sobre todo cuando el profesor privado no se contenta con impartir enseñanza y, como Gamuza, infunde amor al estudio: ese amor a las Humanidades clásicas, ese fervor emocionante por el áureo latín que depuró muy a tiempo el naciente gusto del gentil imitador de Horacio y remotamente promovería su devoción a los ideales estéticos del Renacimiento cristiano.

Se precisa y aclara bastante lo que hay de inexplicable maravilla en la formación intelectual de Menéndez y Pelayo al pensar en sus cinco años de preparación latina efectuada con entusiasmo sostenido, parte en las aulas y parte en la casa, bajo una dirección cordial y única, preparación desarrollada sin angustias ni apremios, progresivamente y alternando con juegos o paseos al aire libre de la montaña y de la costa, o con otras disciplinas de la mente no inmediatamente relacionadas con aquellas que eran manjar predilecto del voraz muchacho, el descanso pedagógico recomendado por ese otro gran Maestro del pensamiento español, Jaime Balmes, y que consiste en cambiar de ocupación y no en suspender todo género de trabajo.

Sin cuatro años por lo menos de esa gimnasia latina —podría expresar después el incansable compilador de traductores de Horacio— no se puede llegar a dominar la lengua del Cisne venusino. Gracias a tal régimen, que lo libró de absurdas rutinas o funestísimos atoramien-

tos, pudo también propugnar años más tarde, refiriéndose a un texto de gramática de Cejador, por que se "acabaran de una vez estas estériles rutinas que prevalecen en este grado de enseñanza, y hacen casi inútiles entre nosotros el estudio elemental de las Humanidades, cuando debieran ser, y en todas partes son, base de la cultura literaria, juntamente con el estudio y aprendizaje de la lengua nativa. A su ineficacia actual en nuestra enseñanza contribuyen no sólo los rezagados partidarios del empirismo gramatical, que se trasmite por insensatos procedimientos de repetición mecánica, sino también los que habiendo adquirido una superficial noticia de los adelantos modernos de la Lingüística, y creyéndose capaces de aplicar el método histórico-comparativo porque han saludado sus rudimentos, abruman al misero principiante con un fárrago de doctrina filológica mal digerida, y le dejan incapaz de traducir el texto latino más sencillo, con lo cual se pierde el más inmediato y universal provecho que puede sacarse de las lenguas clásicas".

De entonces a esta parte la soberbia, de consuno con el ingenio destructor, han expuesto al mundo a retroceder más atrás de las edades históricas, arrollando en este retroceso trágico los estudios humanísticos que tan alto venían brillando en las naciones europeas más sacudidas hoy por el huracán de la violencia y la perfidia, que amenaza romper los quicios del derecho universal. En Europa hoy sonarian a hueco las admoniciones del humanista español, y en esta patria de Cuervo, Caro, Suárez y Conto han tenido cabal cumplimiento los dos extremos lamentables, tan severamente fustigados por el discípulo de Ganuza en el instituto provincial de Santander.

La lectura libre, a compás de los cursos escolares y privados, fue no solo asidua ocupación sino causa de superior deleite y origen de la fábula que realza la capacidad receptiva, indudablemente singular y pasmosa de Menéndez y Pelayo. Es claro que habiendo comenzado a leer desde muy temprano, la rápida, vivaz y persistente memoria fue acrecentando los caudales atesorados en la lectura.

No vamos a exaltar los beneficios de ese inapreciable criterio de certeza que es la facultad de retener lo aprendido, tan atacada por las flamantes pedagogías en vista de los abusos del memorismo rutinario.

Ya sabemos, y muy bien lo dijo un ilustrado y donairoso admirador de don Marcelino, que "la memoria no sabe mandar, sino obedecer, de ahí que como señora es pésima; pero cuando sobre ser fácil, tenaz y expedita, está destinada a servir a un entendimiento rey que sabe mandar y hacerse obedecer, entonces, como servidora fiel e insustituible, va y viene sin reposo y cruzando en un solo vuelo los más dilatados espacios de tiempo y lugar, incontinenti trae a su dueño cuanto le pide".

Ya se sabe también que Menéndez y Pelayo era un lector infatigable, pero no inmoderado. Su método de leer obedecía a una técnica determinada por sus raras aptitudes de percepción simultánea de muchas ideas, y de sagaz descubridor de las páginas esenciales de cada obra. Su ejemplo es valiosísimo, más que todo porque empezó a leer a tiempo, comenzando por los libros radicales dentro de la esfera en que su vocación se agitaba. Su ejemplo, en un hombre de nuestra sangre, coetáneo de la generación que ha procreado y educado la nuestra, ilumina el grave problema de los desórdenes en la cultura intelectual de que son víctimas estas sociedades hispano-tropicales y que certeramente juzgó en fascículo de divulgación muy restringida el alto espíritu de López de Mesa. "No sabemos leer, no sabemos estudiar, no sabemos pensar. Nuestra atención es demasiado ondulante para seguir con provecho el desarrollo de las ideas escritas, cosa que aun en la conversación se percibe, dando lugar a repeticiones y contradicciones inútiles. Va y viene nuestra atención sin enfrenamiento suficiente con el tema. Nuestra deficiencia de estudios clásicos y de una historia suscita de las ideas nos obliga a leer obras de segunda mano, de información a veces atrasada y defectuosa, con el aditamento de que no podemos sacarles toda la sustancia en pocas horas, como lo hacen los eruditos europeos, quienes por su sólida preparación pueden leer uno o dos libros diariamente. Lo defectuoso de nuestro bachillerato hace que nos sorprenda la tarde de la vida sin haber leídos las obras fundamentales de la Historia, de la filosofía y de la literatura universal, pues sólo nos da a conocer críticas de manual y refutaciones inocentes de los más esclarecidos pensadores del mundo, literatura en conserva y ensaladas de filosofía".

Como anticipándose a prevenir para sí mismo el triple cargo lanzado a la cara de sus compatriotas colombianos por uno de los más expertos analistas contemporáneos de nuestros fenómenos sociales, un niño estudiante no mayor de dos lustros y medio, en la soleada finca paterna de las orillas del Cantábrico, arreglaba en el estante de su aposento una colección de treinta y dos volúmenes, que tenía leídos y anotados de su puño. Allí, desde la mañana de la vida, ya tenía bien asimilados los fundamentos clásicos de la literatura nacional y latina; una historia, nada suscita, de los grandes procesos de la civilización, interpretados con criterio providencialista por la mente aquilina de Bossuet; esa flor de buen sentido y claridad didáctica en que Balmes exprimió la savia de su sabiduría de toques familiares; varias monografías sobre temas especiales de erudición crítica; una historia de la antigua isla de los Santos, donde hallaría el imberbe lector esa información maciza y ese a la vez positivo y ético sentido de la realidad histórica peculiar al pensamiento británico y, armonizando con los títulos de orientación literaria, junto con gramáticas, preceptivas y florilegios, una de esas amenas excursiones por los terrenos de la Física y la Astronomía en que se han distinguido los expositores franceses. Allí estaba en germen la Biblioteca del sabio polígrafo, la que había de invadir a su muerte todo el recinto de la casona heredada para convertirse, al amparo de la protección oficial, en centro de investigaciones y de estudio, donde se mantiene perpetuamente alumbrada la candela del augusto dueño.

### **Colaboración doméstica y social. - Formación moral.**

Si la escuela del maestro Setián y el Instituto cuyo programa he consignado fueron —y eso en épocas ominosas en que se supone vigente aquel dantesco precepto de “la letra con sangre entra”— una prolongación del hogar, como lo atestiguan referencias autorizadas: escuela viva, escuela activa, como diríamos hoy, sin embargo, en general, en cuanto a influjos externos, me han parecido más decisivos en el Maestro los del propio hogar que los de la escuela. El cariño a su madre fue llama que nunca se extinguió en el corazón del sabio. Siempre guardó

para ella, discretas ternuras a través de una vida de recogimiento y permanente renuncia en aras del saber, como la de un benedictino. Ese constante fervor de hijo devoto contrarrestó, de seguro, la frialdad afectiva en que suele caer el trabajador intelectual. Dos amores llegaron a la postre a dominar el ámbito de ese corazón que no dejó de ser corazón de niño: el amor al libro y el amor a la madre, los dos seres que lo engendraron y sustentaron y confortaron para la vida de la ciencia.

Si buscáramos explicación a un auténtico prodigio que ha dejado sin duda perplejos a los lectores de las "Ideas Estéticas" y los "Orígenes de la Novela", no estaríamos lejos de hallarlo en esa lámpara de ternura que en el íntimo santuario del austero investigador difundió lumbre de ensueño y hervor de caricia. El inexplicable prodigio es la fusión que en la prosa de Menéndez y Pelayo se realiza del estro poético, el temblor lírico, el quemante fulgor de la elocuencia, con las más áridas y desapacibles sustancias de la indagación erudita y minuciosa, y sin penetrar en sutiles análisis psicológicos puedo avanzar el juicio de que con el mismo aceite que brotó de sentimientos e impulsos encauzados y atemperados desde la niñez estudiosa por la amorosa vigilancia materna, encendióse toda esa elocuencia y ese lirismo, esa bullente y resonante onda verbal —*os magna sonaturum*— que de un cabo a otro recorre toda la obra escrita del sin par analizador del Romanticismo francés y que combinándose con su rigurosa calidad científica, en ella imprimen un sello inconfundible y le comunican poderosa fuerza de persuasión que sería simplemente oratoria—como a algunos parece—si no la sustentara un sólido basamento de ideas.

La imagen de dos madres de sabios trabajadores de la misma ciencia me inspira, en este punto, inesperado paralelo. Ambas tienen la piedad ingenua y fantástica, el ánimo soñador y la tristeza inefable de la raza céltica de donde arrancaba, para una y otra, su estirpe. La una engendró un hijo que sin haber cruzado los umbrales del sacerdocio, hizo de su vida y de su acción intelectual un apostolado de la misma fe que bebió con la leche materna. La otra dió su sangre a un sacerdote

frustrado por la soberbia del entendimiento y que si fue leal a los hábitos y costumbres adquiridos a la sombra del claustro, renegó de las doctrinas que musitara en su cuna bretona el labio materno.

La infortunada madre de Ernesto Renán se tuvo que someter a un acomodo a una solución exterior del rompimiento íntimo; la gozosa madre de Marcelino Menéndez y Pelayo murió satisfecha de ver que a su hijo la fama y renombre de este mundo no habían desviado de la única senda trazada desde el humilde quicio familiar para conquistar la gloria del otro.

Esa persistencia de una índole infantil, en medio de serios afanes y severas preocupaciones y compromisos, esa deliciosa manera de sentirse muchacho de casa, en el trance más serio, ese desafío, no raro, por lo demás, en los hombres de pensamiento, al buen tono y nimias reprensiones del mundo es nota evangélica —*Si non eritis sicut parvuli*— en el carácter del modelo humano, ante todo humano, que quiero exaltar a los ojos de la juventud estudiosa de la Magna España.

Se revela en un arranque muy suyo, que refiere un tonsurado testigo. Cuando en Sevilla, con ocasión de las bodas de oro de la Definición del Dogma de la Concepción Inmaculada, en que Menéndez y Pelayo figuraba como huésped de honor y mantenedor de un certamen, le obsequiaron a él con dos bandejas de plata repujada, no se le ocurrió decir otra cosa, después de recibirlas como muchacho a quien regalan zapatos nuevos: "Lo contenta que se va a poner mi mamá cuando se las lleve". Rasgos como este manifiestan una salud interior —buena salud del ánimo— que se compasa con el vigor físico —la buena salud del cuerpo— sólo echada a perder en los años últimos a consecuencia del sedentarismo de la vida capitalina y los descuidos e irregulares atenciones de una existencia de célibe. Pujante salud —notoria en su estampa de fuerte pescador desprendido de un cuadro de costumbres perdianas— herencia invaluable de una robusta cepa de honestos campesinos y acrecentada por los paseos diarios y, en los años profesoriales de su forzada estancia madrileña, por esas vacaciones veraniegas en la

provincia nativa que como profesor de la Universidad Central y como Bibliotecario de la Real Academia se tomaba con el renovado alborozo de un escolar a fin de curso.

En esa Madrid ociosa y frívola de fin de siglo, fustigada en la picante cátedra de "Pequeñeces", tuvo su periodo de crisis el temple moral de quien de pronto se vio halagado y ajonjeado por la vanidad de duquesas y grandes señoras que querían tener sabio en su casa. El espíritu malicioso y burlón de don Juan Valera desempeñó el un tanto mefistofélico papel de introductor y animador del incauto santanderino en los arriesgados laberintos de la buena sociedad.

Refinado acicate para tal aventura era el entusiasta culto que los dos incomparables estilistas castellanos profesaban a las normas estéticas, impulsos y manifestaciones de ese complejo —y por más de un respecto— nefasto periodo de la Historia de la Cultura que bajo el nombre de Renacimiento abarca propiamente desde el portentoso viaje del Gíbelino hasta la desatinada salida del Manchego iluso. Y en verdad, que a fines del siglo XIX y en la Madrid anterior al desastre de Cuba, estuvo a canto de dar sus ponzoñosos frutos el Renacimiento del XVI, ante los pasos, sinuosamente guiados, del severo vate que compuso las Odas, Epístolas y Tragedias. Por fortuna, todo vino a quedar, gracias al inflexible sostén de una vocación servida por férrea voluntad, en escarceos líricos de un erotismo intrascendente: sonetos petrarquizantes y endechas a lo Gil Polo, murmuradas, con académico empaque, al oído de ficticias pastoras: tributo efímero a un candoroso pagamismo literario, momentánea tentación de una voluptuosidad reprimida o más bien transformada en halagos y deleites de un estilo inimitable.

Mas por encima de los peligros que, por su sabor pagano, entraña el movimiento renovador que sucedió y en parte contrarió las orientaciones de la Edad Media, este varón del siglo XIX, por la vasta curiosidad de su saber, por la flexibilidad del ingenio, por la visión sintética de los valores humanos, por el completo dominio de los instrumentos clásicos y sobre todo, por la preocupación teológica unida a la capacidad y emoción artística, vivificada en la visión de los exhumados mármoles del Pentélico, es un trasunto y como una reencarnación de las dis-

persas excelencias y atributos de los más ostensibles ejemplares del Renacimiento Cristiano en la esfera literaria y humanística: Lorenzo Valla, Pico de la Mirándola, Erasmo de Rotterdam, Justo Lipsio, Santo Tomás Moro, Juan Luis Vives, Benito Arias Montano y Fray Luis de León.

A despecho, sin embargo, de haber superado en tan alta medida los límites comarcanos, este *humanísimo* humanista moderno conservó fiel contacto con la tierra nutricia, siempre se jactó de ser hombre de su pueblo, de su rincón, de su predio y solar costanero y rupestre. Lo que nos conduce a pensar cuán provechoso y útil es fomentar una cultura media —en la familia, en la escuela, en los círculos amistosos, en la sociedad civil— que sirva de inicial ambiente a los conductores intelectuales: así, Santander, villa entre cosmopolita y montañera, oreada por vientos marinos. Porque como dijo Ramón y Cajal —otra gloria de la ciencia hispánica—: “el genio surge de la alta meseta de una cultura media, y no de repente, del nivel del mar”.

### **Posición científica del gran investigador crítico.**

Ibale a tocar a un gran católico, y en su condición de católico, promover la restauración de los estudios científicos en España —en consonancia con los métodos aplicados en las naciones que marchaban a la vanguardia del Progreso— al aproximarse los días luctuosos y a raíz luego de la tremenda derrota que sepultó en las mismas aguas descubiertas por Colón, los restos del imperial dominio.

Por ese tiempo, generalizar era el deleite de las gentes cultas de la Península. Había flujo de ideas generales, de síntesis altisonantes, de resúmenes y extractos proclives a la inveterada pereza. Se generalizaba en todas partes, en las Cortes, por de contado, en la cátedra sagrada y profana, en el Ateneo, en las Universidades y hasta en las tertulias caseras. Las “Lecciones sobre la Historia de la Civilización”, por Guizot, eran un género de *Summas*, que se paladeaban y aún repetían de memoria. Por otra parte, la sociedad española no había extirpado de



su seno los viejos gérmenes de abandono, de imprevisión y de incuria. En ciertas zonas reinaba la vulgaridad o el egoísmo. Vino la catástrofe y el escarmiento abrió los ojos.

El mismo Ramón y Cajal, por quien la España nueva de un solo golpe demostró la fortaleza del genio científico de la raza que para la España Antigua había tratado de sostener a fuerza de erudición Menéndez y Pelayo — el biólogo y neurólogo de reputación ultrapirenaica — con voz de patriota y de sabio formuló el terrible diagnóstico de la dolencia española. Sus palabras singularmente repercuten con ligeras variantes en el ámbito de las actuales circunstancias hispanoamericanas: “Una nación rica y poderosa, gracias a su ciencia y laboriosidad, nos ha rendido casi sin combatir. En tan desigual batalla, librada entre el sentimiento y la realidad, entre un pueblo dormido en las rutinas del pasado y otro enérgico, despierto y conocedor de todos los recursos del presente, el resultado estaba previsto; pero es preciso confesar que nuestra ignorancia, aun más que nuestra pobreza, ha causado el desastre en el cual no hemos logrado ni el triste consuelo de vender caras nuestras vidas. Una vez más la ciencia, creadora de riqueza y de fuerza, se ha vengado de los que la desconocen y menosprecian. Por ignorar, ignoramos hasta la fuerza incontrastable del adversario: la ciencia de sus ingenieros y de sus químicos (inventores de bombas incendiarias que barrían las cubiertas de nuestros barcos e imposibilitaban toda defensa), la superioridad de sus barcos y corazas, la excelencia y tino de sus artilleros, la energía y pericia de sus generales”. Y al diagnóstico seguía la perentoria receta: “El poderío político de España será el fruto de la riqueza y del aumento de población, resultados para los cuales hay que crear, cueste lo que cueste, ciencia, industria y arte originales”.

Y como anticipado corolario de ese fallo de médico, Menéndez y Pelayo había dicho en 1876, recién doctorado en Letras: “La generación anterior se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas. La generación siguiente, si ha de valer, debe formarse en las bibliotecas. Faltan estudios sólidos y macizos”. El mismo dio el ejemplo. Y su labor en el orden de la enseñanza filosófica y literaria

tenía que beneficiar de contragolpe las otras ramas de la ciencia. En su cátedra de la Universidad Central abolió compendios y manuales— *compendia sunt dispendia*— y hasta los apuntes de clases, prefiriendo la lectura y comentario de los textos originales glosados por la palabra viva del profesor. Trató la materia literaria como en un laboratorio químico. Se analizaban y recomponían los fenómenos estéticos a la vista o por la misma mano del discípulo. Se adelantó a ese aprovechamiento del positivismo que había de propiciar la conversión un tanto artificioso de Brunetiére y de Bourget. Pero había un hecho positivo, real, innegable: la Religión, el Cristianismo, la Iglesia. Y ese hecho, esa realidad cultural e histórica se adecuaba con ideas, sentimientos y prácticas muy queridos por el Maestro. Urgía estudiar el hecho con serenidad crítica y propugnar los principios que con él se conformaban en forma, no por decidida y aun ardiente, menos concienzuda y verídica. De esta suerte, y sin apartarse de los linderos de la vocación entrañable, Menéndez y Pelayo propendía, según la fórmula restauradora de Cajal, al aumento de habitantes de su patria, pero no de simples individuos, sino de valores individuales; al robustecimiento de la más auténtica tradición nacional: la tradición religiosa, y al enriquecimiento de buena ley, no con oro de codicioso atractivo, mas con los metales preciosísimos del conocimiento propio, de la idealidad sin desvario, del estudio sin prisa y con los hallazgos del tesoro espiritual soterrado bajo capas de incomprensión o de desidia.

La generación a que pertenecía el Restaurador no podía ser conducida a la ciencia —parodiando una frase suya— sino por senda de flores, y Menéndez y Pelayo se encargó de esparcirlas a manos llenas, valiéndose de sus ejecutorias de poeta y sus dones internos de orador de corte cicerónico.

Se le ha motejado su estilo de prolijo y redundante, no se le perdona su vehemencia de tribuno cuando lo caldea el entusiasmo y se tiene a mal su garbo y arrogancia enfática, condición muy española, de raíz latina como la pompa y bizarría hiperbólica, nacidas todas “de un exceso o intemperancia de fuerza y una mezcla de grandiosidad y de sutileza”.

Mas por el momento no nos importa defender, contra el miniaturista Levantino, Azorín, y otros inconformes de la generación del 98, la eficacia y eficiencia —y las razones sobran— de ese magnífico estilo, que por lo demás, día tras día fue volviéndose más sobrio, diáfano y preciso, cada vez más ceñido al asunto sin perder su natural vigor y exuberancia. Lo que nos debe interesar es la dirección y peso que a los intentos restauradores de la inteligencia comunicó Menéndez y Pelayo y la posición de su entendimiento crítico ante la fe positiva, heredada, practicada y entrañablemente vivida.

“Nunca ha dejado de ser mi espíritu, indagador y curioso”, afirmaba en amistosa epístola, y de hecho, su preocupación nunca fue de brillar por las galas de la forma externa, como por agotar, con tenacidad y paciencia, los temas impuestos a su curiosidad insatisfecha y meticulosa. Al referirse a los estudios universitarios deseaba que mostrasen un sentido histórico y positivo, de pausada investigación y recta disciplina, nada propensa a brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad. Y cuán aplicables más a nuestros días y a nuestra mestiza democracia que a sus propios conterráneos, las recriminaciones lanzadas en la “Semblanza”, de Milá y Fontanals; andan sueltas aquí la retórica estéril y la erudición inexacta y confusa, cuyo influjo enervante contrasta con la asidua labor pedagógica y la moderación persuasiva del estilo.

Y este crítico, que profesaba desconfianza y cautela en cuestiones mal documentadas, que pedía y efectuaba reformas y enmiendas de programas, sistemas y métodos, que se movía entre los documentos del Arte y de la Historia con la más ponderada libertad, este crítico, para quien no tuvieron secretos las escuelas todas que han brotado del pensamiento filosófico de todas las edades y países, fue un hombre de fe, un hombre de oración y hombre de ortodoxia militante. Ortodoxia que, según Salvador Madariaga, trabó en exceso la mente de quien, a juicio del mismo agudo escritor, pudo vencer esta limitación de su imponente labor de investigación crítica, en que después de enseñar con su ejemplo a ver los hechos con objetividad, dejó un excelente plantel de discípulos. Si en verdad hubiera comprendido Madariaga el espíritu de

Menéndez y Pelayo, habría llegado a reconocer —como largamente se podría demostrar— que la ortodoxia del autor de "Los Heterodoxos Españoles" contribuyó a imprimirle una seguridad de criterio y una firmeza de líneas suficientes a explicar cómo el paso del crítico por entre la maraña de sucesos, doctrinas, aberraciones y descubrimientos, no se desviaba ni extraviaba un ápice, ni los ojos iluminados por el faro sobrenatural dejaron de ver un instante con claridad y nitidez difíciles de encontrar en talentos menos ofuscados por la ortodoxia.

Menéndez y Pelayo ejerció su ministerio crítico, por lo menos en la época culminante de su carrera, con libertad de juicio, tolerancia de gusto y amplitud de miras; porque teniendo bien firmes y asentadas sus creencias religiosas, poníalas a salvo en toda coyuntura. Suspicious glosadores, que han saludado esa obra de lejos, apreciándola globalmente, se complacen en señalar en la trayectoria que recorrió el pensamiento de su autor dos periodos muy definidos: el de la juventud belicosa, con sus arrebatos polémicos y su fervor intransigente, y el de una madurez cada vez menos apasionada y en que la imparcialidad y el sincretismo, si se quiere, lindan con un aparente resfrío de los primeros ardores. En cuanto al temple religioso, no es exacta esa separación artificial. En el fondo, el vehemente adversario de Revilla en 1879, como el sereno contrincante de Castelar, en los debates sobre la libertad de conciencia en las Cortes del 84, es el mismo feligrés del Obispo de Madrid-Alcalá, que en carta dirigida en 1910 a su Prelado, elevó su protesta contra el aberrante laicismo de las escuelas oficiales.

Difícil empeño es apartar en dos tramos bien delineados la parte más orgánica de una obra que admitió sucesivas refundiciones y mejoras a menudo sustanciales. La "Historia de los Heterodoxos Españoles", por ejemplo, fue reeditada en 1910 con variantes y enmiendas que tendían, es cierto, a moderar acrimonias e intemperancias vertidas en el juicio sobre algunos herejes contemporáneos; pero con afirmaciones tan luminosas como esta: "Flaca será la fe de quien la sienta vacilar leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios ha querido probar a la comunidad Cristiana en el curso de las edades para depurarla y asesorarla: *ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.*

No hay, pues, en el proceso de esta inmensa obra repartida en diez y nueve grupos fundamentales, y menos en esta vida compartida entre la cátedra, la pluma, el consejo y el sabio coloquio, disminución progresiva de la primera fe, como sugieren noveles biógrafos. Hay, sí, gradual medida y limpieza de intenciones; porque "la investigación histórica tiene cierto poder elevado y modelador, que acalla el tumulto de las pasiones hasta cuando son generosos y de noble raíz, y restableciendo en el alma la perturbada armonía, conduce por camino despejado y llano al triunfo de la verdad y de la justicia, único que debe proponerse el autor católico".

Por lo mismo que dentro de los linderos dogmáticos de su fe romana mantuvo el gran escritor su huerto libre de vacilaciones y vaguedades, no consideró indispensable identificar su adhesión a la Iglesia con la matrícula en alguna escuela filosófica ni aun tratándose de la que se imponía en los medios espiritualistas por la expresa recomendación del Pontífice. Tal vez debido al duradero encanto de las primeras enseñanzas filosóficas recibidas en Santander y Barcelona, unido a inclinaciones de su temperamento muy poco adicto a la pura abstracción metafísica, o debido quizá también al interés patriótico de revivir alguna olvidada escuela originaria de la Península natal, no puede disimular Menéndez y Pelayo cierta prevención y aun cierto grado de animosidad contra el tomismo aristotélico. Igualmente debió influir el confesado amor a las grandezas y hermosuras del Renacimiento en esa disposición de ánimo no siempre aceptable y justificada. Pero esa independencia filosófica que lo llevaba a preferir llamarse más bien discípulo de Vives que discípulo de Santo Tomás, a conciliar dentro de su armonismo vivista, que él denominaba idealismo realista, las verdades tradicionales con la prudente dirección psicológica y metodológica de la escuela escocesa, claro indicio nos da de que para Menéndez y Pelayo por sobre la disputa de los sistemas estaba la pura y escueta profesión de una fe no desleída y humanitaria, sino racionalmente adquirida y consolidada por experiencia íntima, por examen histórico y sincera efusión del sentimiento. Que esa fe —y ello en época que se acostumbra considerar de más flexibilidad ideológica dentro de la ya discu-

tida cronología de la obra del Maestro— venía acompañada de ciertas aprensiones sólo explicables en un católico piadoso, nos lo pinta el final de un pasaje del admirable juicio sobre Víctor Hugo estampado en la "Historia de las Ideas Estéticas": "Rara vez fue Víctor Hugo poeta de la fe, aun de la fe simplemente vaga y sentimental, pero fue muchas veces poeta de la caridad y hay odas suyas que pueden pasar por buenas acciones y que quizás hayan contribuido a desarmar el rigor de la Divina Justicia". ¿No es este rasgo final un franco brote de piedad cristiana soltado en páginas abiertas a los más libres y desembarazados vuelos del pensamiento artístico?

\* \* \*

A dos conclusiones quisiera que llegasen mis benévolos lectores de la América española, tras este suscito bosquejo que he osado pergeñar de la posición singular de nuestro ejemplar de trabajadores de la Cultura hispánica, en lo tocante a relaciones entre el espíritu científico y la fe religiosa.

Es la primera —y al declararla sigo casi literalmente a un apreciable comentador de la filosofía del Cardenal Mercier— que a la Ciencia servida por los Católicos perjudica hoy extraordinariamente la opinión de que no es para sus cultivadores sino el arma apologética de la fe. Es preciso desvanecer ese prejuicio, investigar libremente, hacer uso de la facultad de discurrir, tan incommovible para la Iglesia que ha motivado la condenación de bien intencionadas doctrinas antirracionalistas. Ver en la Revelación más bien una norma negativa, una especie de vigilante guardia fronteriza que nos preserve de infiltraciones deletéreas. No ser hombres de síntesis, de meras impresiones subjetivas ni descansar la cabeza en un minimum de principios y axiomas que nos dispensen de reflexionar por nuestra cuenta. No contentarse perezosamente con la *ciencia hecha*, sino trabajar con entusiasmo en la *ciencia por hacer* y para ello formar trabajadores que se consagren a *la ciencia por sí misma* sin objeto profesional ni fin apologético. No encubrir intenciones proselitistas ni tomar direcciones tendenciosas. La observación científica ha ensanchado las fronteras del saber, y los mol-

des de la antigua filosofía no son hoy suficientes para contenerlo: la Cosmología no es actualmente nada sin las ciencias físicas y matemáticas, ni la psicología sin las ciencias naturales y biológicas, ni la criteriología sin las ciencias históricas, ni la ética sin las ciencias sociales, económicas y políticas, ni, en fin, la misma historia sin la paleografía, la arqueología y la crítica de textos; necesitamos investigadores y experimentadores; verlo todo, examinarlo todo, sin prejuicios, estudiar los hechos e interpretarlos sinceramente. La obra de Santo Tomás no es el punto de llegada del entendimiento humano, peregrino mientras vive en esta tierra que no es su patria, sino el punto de partida, el camino, el método para ir avanzando con paso seguro por esa senda que es, en la vida presente, interminable.

Y la segunda conclusión viene implícita en la primera: el Magisterio científico y el vivo ejemplo de Menéndez y Peñayo no es tampoco un punto de llegada, una cima definitivamente vencida, ni su obra ingente, deleitoso y espaciosísimo remanso donde satisfacer efímeros deseos de ilustración postiza con un baño superficial de abundosa y fresca sabiduría. Es el punto de partida para la creación del Orden nuevo intelectual, que no será el Orden Francés —claridad geométrica— ni el Orden Germánico —tenacidad en lo profundo— ni siquiera el Orden Latino —razón y gracia— sino el Orden Católico de forma y estilo español, que ansioso aguarda la mutua eliminación de poderes soberbios para asumir la tremenda e imponderable tarea de restaurar este quebrantado mundo en la paz y unidad cristiana de la ciencia, de la fe y de la vida.

*(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA).*